

Por todas esas circunstancias, aquella misma noche cuando Esperanza llegó á su casa acompañada de su hermano y fué llamada á la mesa, no pudo menos de estremecerse al oír á su padre que decía:

—Si es cierto lo que he oído decir, que además del título de marqués intruso que se le ha dado al mequetrefe hijo del aldeano Guzman, se le va á dar también la cruz de la orden de Guadalupe, vale más echar á la lumbre las tales condecoraciones.

—Sí, se están ordinariando mucho, exclamó doña Ana muy indignada. Hacer nobles y caballeros á los trabajadores del campo.....¡no se puede pedir más!

—Yo voy á promover en el Consejo que se haga una representación.

—Y yo, mañana que lleve á Esperanza á Palacio, voy á permitirme decir dos palabras al oído de S. M. la Emperatriz.

—Ahora si al patarato de Guzman.....

—¿Al padre?

—No, al hijo, al hijo, que pasó por aquí á caballo dándose unas ínfulas como si fuera el mismo emperador.....¡qué fátuo! ¡qué necio!.....y levantaba la cabeza viendo á nuestros balcones como queriéndonos dar en cara con su improvisado encumbramiento.... digo, que si á tal individuo se le ocurre volver á pasar por aquí, ha de pesarle.

Esperanza no pudo resistir más y se retiró pretestando un fuerte dolor de cabeza.

CAPITULO X

SUEÑOS Y REALIDADES.

El palacio de Moncada, en donde continuaba viviendo la familia imperial con su abigarrada corte que se disolvía en su mayor parte por las noches porque no había suficiente espacio para alojar á todos los que la formaban, presentaba un aspecto de animación inusitada: entraban obispos, generales, magistrados, condes, marqueses y las familias más encopetadas. Las damas de la emperatriz estaban vestidas con sus mejores galas y los caballeros del emperador ostentaban también sus más brillantes uniformes. El tesoro imperial estaba á la cuarta pregunta, una vez que los fondos se habían empleado en alistar la armada que había de exterminar á los revoltosos de Veracruz; pero el fastuoso lujo desplegado en aquella noche disimulaba un tanto cuanto la miseria, debido seguramente á los ahorros de los soberanos que habían tenido que salir á hacer suplementos de alguna consideración á sus vasallos.

Se trataba del bautismo del príncipe Felipe, An-

drés María Guadalupe, á quien iba á olear el famoso Pérez, obispo de Puebla, y á armar caballero como Gran Maestro de la Orden de Guadalupe su padre el emperador, despues de un paseo procesional por la casa como los que se hacen ahora en las *posadas* y de otras ceremonias que omitirémos, para decir que en esta ocasion y con motivo de haber habido tan gran concurso, aprovechó Ricardo Guzman una oportunidad para acercarse á Esperanza de la Cadena en un ángulo del gran salon en los momentos en que estaba mas entretenida la concurrencia, poniéndose él al abrigo de las miradas indiscretas detras de una cortina.

—Esperanza, le dijo, aquí estoy.

—Sí, Ricardo, ya lo sé: le ví venir y colocarse en ese sitio.

—Ahora es tiempo de concluir aquella frase que no quedó terminada.

—Esa frase en esos momentos, como usted pudo figurarse muy bien, iba á ser de acuerdo con sus sentimientos; pero ahora me horrorizo solo de pensarlo, porque considero imposible toda relacion entre nosotros,

—¿Imposible, Esperanza? ¿has dicho imposible?

—Sí, porque no solo tendríamos que sufrir grandes contratiempos, sino verdaderas desdichas. Dirijase usted, Ricardo, á otra jóven á quien pueda hacer realmente feliz. Yo seria muy desgraciada.

—No digas tal cosa, Esperanza mía. ¿Quién podría estorbar nuestra dicha?

—Nuestros padres y..... mas aún los míos, que verían nuestros amores como un castigo del cielo, como una maldicion.

—¿Tanto así me odian?

—Ellos tienen motivos para guardar hondos resentimientos, no tanto contra usted como contra su familia.

—Cuestiones judiciales, asuntos de intereses son los que nos han dividido; pero eso se arreglará fácilmente, en procurándolo una de las partes.

—¿Usted cree que esos disturbios de tantos años, heredados tal vez de nuestros antepasados podrán acabar algun día?

—Yo te aseguro, Esperanza, que mis padres no tienen rencor alguno porque consideran que siempre han obrado protegidos por la justicia.

—Mientras que los míos creen que quienes han tratado de abatirlos, son las influencias, los manejos torpes y las injusticias.

—¡Ay! dijo Ricardo suspirando, parece que también á tí te han trasmitido una poca de su mala voluntad.

—A mí no: yo no entiendo de esas cosas; y si ellos no se mostraran tan ofendidos, yo me consideraría la muger mas feliz viéndome amada por un hombre como usted.

Ricardo sacó una mano por entre las cortinas y cogió la que al descuido había dejado caer Esperanza. Ella se estremeció, pero no la retiró.

—¿Entonces quiere decir que tu me amas? le preguntó Ricardo con ansiedad.

—¿Y cómo había de poder negarlo aunque quisiera, si el mismo hecho de estar aquí dice bien claro que aunque vea delante de mí el infortunio, una fuerza misteriosa me arrastra á encontrarlo?

—¡Ah! ¿me amas, me amas? ¡Apenas puedo creerlo!

—Y yo lo puedo creer menos cuando anoche mismo oí decir á mi padre que á su hija misma la mártir si la oyera pronunciar una palabra sola de disculpa para los Guzman! ¿Qué haría, pues, si llegara á saber que yo amo al marqués del Olmo, al único hombre en el mundo á quien él no consentirá nunca en dar mi mano.....?

—¡Oh! Esperanza, Esperanza; es terrible eso que me dices, pero yo te juro que tendré valor y fuerzas para conjurar todas las tempestades. Si es preciso, el mismo emperador intercederá en mi favor.

—Ya termina la ceremonia: vamos á separarnos.

—¿Y no hemos de vernos pronto para establecer nuestro plan de conducta?

—Sí, yo diré cuando y cómo. ¡Adios!

Desasíó su mano de las del jóven marqués, y fué á ocupar su sitio entre las damas, radiante de felicidad, pero oscureciéndose de vez en cuando su frente con las sombras de la incertidumbre y del temor.

Hasta entonces había sido Esperanza la mas bella entre las bellas, esto es, en los dos años que hacia había salido por primera vez al mundo, pero en esta noche á todos llamó la atención su espléndida hermosura, mereciendo un cumplido del mismo emperador y un golpecito en la megilla del obispo de Puebla, que le dijo: ¡eres una niña ideal!

Siguió á la fiesta del bautismo, pocos dias despues, otra no menos ruidosa, y fué la del aniversario de la Universidad, en que se sacó en un carro triunfal la imagen de la Concepcion, llevando á sus piés el retrato de Iturbide. Desfilaron los doctores con sus borlas verdes, blancas y amarillas, desfiló la corte, desfilaron las comunidades, desfilaron las tropas, no faltando nadie de los que se suponian ser algo, que no fueran en aquel desfile, con lo que se conseguia un poco que se olvidara lo que pasaba en Veracruz y que las gentes no estuvieran desasosegadas, pues que así se lograba que se dudara cuando menos de la importancia que revestia aquella revolucion, tanto mas cuanto que se llevaba muy apretada la disposición sobre no dejar que se leyeran los impresos de los rebeldes, ni se circularan las noticias, habiendo para lo uno y para lo otro penas muy severas.

Vino en seguida la funcion titular de la Orden de Guadalupe. Conyenia menudear esa clase de fiestas para tener entretenido el ánimo del pueblo y de los políticos.

La Orden de Guadalupe había tenido una inauguración muy ridícula en la Villa de Guadalupe, habiendo sido vista en lo general como una mogiganga, tanto por la ceremonia de armar á los caballeros, como por los ridículos mantos y sombreros que estos llevaban: de manera que ya la tal Orden había merecido no solo la réchifla del público, sino un abundante manejo de chistes y epigramas.

La funcion titular se verificó en la Profesa con la asistencia del emperador y de toda su corte, oficiando en la misa el obispo de Puebla, que era el amigo y consejero inseparable de Iturbide. Al llegar al Evangelio, todos los caballeros de la Orden, que estaban advertidos, se levantaron como movidos por un resorte, se colocaron los sombreros emplumados hasta las cejas, se terciaron las largas capas, desenvainaron las espadas y rodearon el trono en donde estaba colocada la familia imperial formándole una bóveda de acero.

Todas esas faramallas tenían la significacion, como se comprende, de que la Orden habia sido instituida especialmente para sostener el principio monárquico, y en primer lugar y sobre todo para que los caballeros derramaran hasta la última gota de su sangre en defensa de la que ya era sagrada familia imperial. El padre Bárcena, que habia sido uno de los regentes, subió al púlpito cargado con todas las insignias de la caballería y dijo un sermón que edificó á los presentes, haciendo una sola trinidad de la virgen de Guadalupe, del padre de Iturbide con toda su descendencia y de todos los caballeros de la Orden. Ninguna de las tres entidades quedaba abajo de las otras dos; pues que la virgen brillaba por sus milagros, la familia imperial por su grandeza y los caballeros por sus armas.

A la pantomima religiosa habia que asociar la pantomima profana, y se dispuso que por la noche se celebrara una tertulia en Palacio concurriendo los caballe-

ros con sus trajes y respectivas insignias y la familia imperial con todas las suyas, esto es, se dispuso una especie de bailecito de fantasia, aunque con todo el ceremonial de la corte, que estaba en estudio.

En el gran salon, alumbrado con muchas bujías y mecheros de aceite, se veían como si fuera una gran mascarada: trajes de obispos, de canónigos y de frailes; trajes de militares de marina y de infantería y caballería en que dominaban los colores rojo y amarillo, así como los plumeros; las capas blancas y rojas de los caballeros de la Orden, llevando al cuello y en el pecho diversas insignias, las damas de la corte vestidas todas de azul celeste, y los edecanes de azul mas subido y cuajados de galones y entorchados, en suma, la familia imperial con sus mantos de púrpura recamados de oro, brillando en sus cabezas las coronas cuajadas de brillantes y topacios, las cuales habian costado siete mil pesos.

Todo aquel heterogéneo conjunto de colores chillantes mezclado con el que llevaban las personas de la curia, los comerciantes y simples particulares que iban vestidos de negro, lo mismo que las señoras de edad, así como las señoritas en lo general, vestidas de blanco, daba una vista especial al salon, como la que pudiera ofrecer un baile de carnaval.

A las doce de la noche despues de una procesion de caballeros y de una plática que sobre la caballería hizo el obispo de Puebla, se bailó la cuadrilla imperial al compás de una música pausada y solemne, y concluida, se permitió á las damas de la corte y á la

demás concurrencia que continuaran bailando dos horas más, porque á las dos en punto se serviría el ambigú y se disolvería la reunion.

Ricardo aprovechó, pues, el pequeño desorden que se produjo en el salon, (mientras estuvo cubierto e emperador recibiendo en su retrete á personas muy señaladas), á cuyo efecto se dirigió á Esperanza para invitarla á bailar.

—¡Es imposible! le contestó ésta muy asustada, aquí están mis padres.

—Han ido á besar las manos á la familia imperial, dijo Ricardo, y aun cuando llegaran á vernos juntos, creo que esto nada tendria de particular.

Tranquilizada ella en parte, porque en efecto estaban ocupados los viejos haciendo la corte, y en parte por las palabras de Ricardo, se levantó á bailar.

No tenian los jóvenes cinco minutos de estarse diciendo ternezas, cuando surgió como por escotillon, presentándose delante de ellos la pálida figura de don Ramon de la Cadena, quien con voz temblorosa por la ira, dijo á su hija:

—Esperanza: pide excusas al caballero que te acompaña porque tenemos que irnos inmediatamente.

La joven dejó de bailar y se manifestó tan aturdida como si hubiera caído un rayo sobre su cabeza.

● Ricardo haciendo una profunda inclinacion ante el padre de la novia le dijo con sincera humildad:

—Señor Don Ramon, yo soy el que tengo que pedir excusas por haberme atrevido á solicitar de la hermosa hija de vd. que me hiciera compañía en el

baille y soy el primero en obedecer las respetables órdenes de vd, que es persona que tanto venero, entregándole desde luego á la señorita Esperanza ya que vd. dispone llevársela.

—Sí lo dispongo, contestó el viejo con rudeza, pero realmente desconcertado con la cortesía del joven marqués.

Este puso la mano de Esperanza en la de Don Ramon y haciendo una profunda reverencia á ambos se alejó sin afectacion.

Don Ramon preocupado é indeciso, no sabia que hacer si dar el pequeño escándalo de salirse cuando apenas la fiesta comenzaba ó quedarse al lado de Esperanza cuidándola y haciéndole algunas observaciones. Optó por lo último, pero teniendo que dar sobre ello alguna ligera explicacion á Ricardo para corresponder á su finura. Este ya por su parte estaba satisfecho, porque en los cinco minutos que tuvo en sus brazos á Esperanza había oído que esta le juraba amor eterno y que le daba una cita que era lo que mas apetecía en el mundo.

La fiesta de Palacio concluyó sin novedad, pero al día siguiente se hizo otra que produjo la mayor hilaridad. Conforme á los estatutos de la orden de Guadalupe el último de Diciembre debian celebrarse las honras fúnebres de los caballeros que hubieran fallecido. Hasta ese momento ninguno había muerto, pero como los Estatutos decian que debia haber honras fúnebres, se verificaron estas con toda solemnidad, enlutándose el templo de la Profesa. Parece que esta farsa fué la

que dió el golpe de gracia á la Orden, pues que de allí salieron los mismos caballeros riéndose á carcajadas de Iturbide y de su consejero el Obispo de Puebla que le metia en la cabeza tantas pamplinas.

Siguieron otras muchas fiestas entre ellas las promociones militares que se hicieron, tanto por premio á las primeras victorias que se alcanzaron contra los revolucionarios, como por el feliz alumbramiento de la emperatriz; siguió la jura que se hizo en favor del emperador; y estaban todavia frescos los recuerdos de todos aquellos desperdicios, cuando tras la noticia de que se habia unido Echávarri con Santa Anna, cosa que parecia increíble, llegó la que pareció mas fabulosa todavia, la de que el marqués de Vivanco, nnevo capitán general, á quien tanto habia agasajado Iturbide, tambien se habia pronunciado contra el imperio. El Sur estaba levantado en armas: Bravo habia entrado á Oaxaca: en suma, la monarquía se desmoronaba, porque por todas partes surgian pronunciamientos, y lo peor de todo era que avanzaba al mando de los generales Echávarri y Negrete sobre México, el Ejército que habia recibido el pomposo nombre de libertador.

A Iturbide le pareció todo aquello como una pesadilla y permaneció atontado varios dias sin tomar ninguna disposicion, hasta que sus consejeros y aun su mujer misma lo excitaron á que se moviese. Entonces mandó comisionados haciendo proposiciones y ofrecimientos á los pronunciados, expidió un manifiesto ofreciendo que convocaría una representacion na-

cional, recurrió al terror y decretó prisiones; pero, ¡nada! la tempestad seguia avanzando y el imperio desmoronándose. Sin embargo, como todo lo de aquella monarquía debia concluir en sainete, unos dos capitanes, comanche el uno y apache el otro, llegaron á México, entraron á Palacio, y le dijeron á Iturbide:

—No te apures, compadre, nosotros te traeremos veintisiete mil indios para que te sostengas.

Y como un náufrago de todo se coge, Iturbide los creyó, lo hizo público y hasta los mas imperialistas se rieron con ganas de la ocurrencia.